

AIGUAFORT

Pobra santa!

Era bella i humil com violeta boscana; però les vicissituds de la vida i l'injustícia odiosa que va del braç del privilegi, han llençat una escupinada al seu rostre. Perquè ha sapigut ésser mare, la dona bona i bella ha estat despreciada pel món, i el senyoret canalla que ha repetit la història de sempre, és ben mirat per la societat mateixa que ha condemnat a ella.

El fruit de l'amor d'ella, no del seu pecat, treu el caparronet entre les robes que acaricien la seva tendra i rosada carn, tot fent el ploricó, com si pressentís les lleigueses d'aquest món. La nit és freda — com l'egoisme, com el cor avar —, i les seves agulles finíssimes punxen la carn, fins a fer-la insensible, a aquells que viuen al marge de la fraternitat humana.

La mare cus a la claror trista d'una espelma, que fa que les persones i coses marquin ombres que semblen fantasmagòrics gegants. De tant en tant es bufa els dits i remena inútilment, com un autòmata, el braser completament apagat. L'espiguet ploriconer del seu idolatrat infant la desvetlla dels seus emboirats pensaments, i flueix dels seus llavis una miraculosa llum, un somriure tendre, dolcíssim, com sols saben tenir-lo les mares. La mà, descarnada per l'anèmia, s'allarga vers el bressol i li dona alguns empentes que el fan moure en un ritme cadenciós de va-i-vé. L'infant no calla, ans al contrari, crida amb més fúria. La mare, exasperada pels crits de l'infant i els nervis exaltats pel sofriment moral que la *bona gent* li fa gustar, i per la manca d'aliment més necessari, que ha fet que la seva carn de dona bella es tornés apergaminada i flaca fins a marcar-se li els ossos damunt la pobre vestimenta que l'embolcalla, esclata en una rialla terrible, feréstega; i els seus ulls, altre dia tan bonics, prenen llusors estranyes de bogeria.

—Es meva, sabeu? — exclama, tot fapant amb el cos la seva filleta, com volguent protegir-la d'un perill imminent.

—No! .. T'estimaré sempre! .. — diu, com recordant, amb paraules de desvari.

De sobte, de sa gorja surt un crit foll d'acusació:

—Ah!... On ets, amor? — I un estrany pensament fa estremir amb un moviment epilèptic tot el seu cos. La mirada, incerta fins ara, s'affirma amb la llum d'una resolució heròica i exclama amb dolcesa tràgica:

—Vina, filleta meva, vina, que vull amanyagar-te amb la màxima carícia.

I dient aqueixes paraules apreta el

caparronet contra el seu pit, tot ofegant un gemec ultrahumà, com volguent fondre dintre seu la vida que havia emergit d'ella.

La seva filleta no seguiria la trajectòria vers el fang; no seria un cos fàcil per al privilegi; estaria més enllà, lluny d'aquest món...

I reia, reia amb un riure estrany, de llàgrimes i joia, de goigs i planys infinits.

D. BOET MAYMÓ

Revisado por la censura gubernativa

Los museos escolares

Previamente invitada por un profesor amigo, uno de estos días he tenido ocasión de visitar un museo escolar, el cual goza fama de poder equipararse con los mejores del extranjero por su perfección y organización progresiva.

Sinceramente debo decirlo: Sufí profundamente decepcionada de la visita. Aquel amontonamiento de cosas, de substancias, de plantas, animales y minerales, clasificados escuetamente con su nombre genérico, me causó más repulsión que admiración.

Considero como primera condición de todo maestro, al intentar crear un museo escolar, el poner al niño en contacto con la Naturaleza. Allí sólo vi el intento de poner a la Naturaleza muerta en contacto con el niño.

Las clases escolares deberían darse siempre en plena naturaleza, sobre planicies circundadas de rocas, arroyos y árboles, entre el musical gorgo de las avecillas y gozando las caricias de la brisa; en fin, que el niño continuamente estuviera en contacto con la naturaleza, evitando así tener que recopilar estos mismos elementos en brillantes vitrinas.

Desgraciadamente este método pedagógico que preconizamos sólo está en gestión, y, muy a pesar nuestro, nos vemos obligados a amoldarnos a los métodos actuales, procurando que estos tengan la máxima eficacia y racionalidad, en lo cual puede mucho la voluntad y dignidad profesional del maestro.

El profesor a quien se confie la dirección de una escuela, es decir, la enseñanza de nuestros hijos, debe ser observador y cuidadoso, procurando que por todos los medios que estén a su alcance vayan recopilando en plena naturaleza uno a uno todos los componentes y medios de que constantemente ha de echar mano.

A cada vegetal habría de acompañarle un cuadro descriptivo donde constare a qué zona de la flora pertenece, lugares donde se produce, terrenos que le sean asequibles, climas que requiere, calorías, resistencia ante los agentes atmosféricos, condiciones de cultivo, datos de

si es fácil o no la explotación, medios para intensificar la producción, relaciones que guarda para la conservación en la vida animal, valor en el presente, relacionado con la industria y el comercio, como asimismo su probable porvenir en el futuro.

El mismo orden debería llevar el mineral y el animal. Este no debe jamás presentarse al niño disecado en ningún museo escolar. A mi entender, esto se opone a todas las reglas de una educación racional, pudiendo evitarlo fácilmente con una colección de láminas que representaran a los animales de la fauna en regular tamaño, con lo cual se evitaría el presentar un cadáver de un ser a quien se dió muerte tal vez para satisfacer una necesidad de exhibición.

No debo insistir desde estas páginas en proclamar la importancia capital de este medio educativo. Son los maestros los más indicados en ensayar y demostrar que el museo escolar descrito es el auxiliar más eficaz de la enseñanza.

Además, no se olvide que en el niño su propia intuición es uno de los mayores elementos útiles para su instrucción. Y si al niño ha de entrarle el conocimiento por lo que vea, la convivencia con todos los seres que deben poblar el museo escolar le dará un completo conocimiento de la naturaleza en su pleno dominio y desarrollo.

Al museo escolar se debe añadir, como complemento educativo, la proyección de películas de zoología, mineralogía, geografía, física, etc., a más de un pequeño gabinete de física y química para las más elementales pruebas de los principios de estas dos ciencias; y así se podrá afirmar tener ya instalado un taller en el que se conseguirá transformar a nuestros hijos en hombres útiles para el mañana.

Es también de imprescindible necesidad, al crear un museo escolar, procurar que no sea un abigarramiento de objetos numerados que repele al visitante que se precie de analítico. Esta no es su finalidad.

Un museo escolar no se hace en un día; no puede hacerse en un mes ni en un año. Es la obra consecutiva de muchos años. Los que lo crean o laboren por su instalación, nunca lo verán completo: la dificultad estriba, más que en el gasto de su instalación, en el gusto y voluntad del profesor. Si él se interesa y aporta su deseo y constancia, pronto será convertido en realidad lo que sólo es deseo.

No debería instalarse ninguna escuela sin que, como medio indispensable de enseñanza, no se le adicionara un sencillito y básico museo escolar; la educación sería más completa, más racional y más eficaz.

MARÍA DE GRANOLLERS